Pero se me antoja que todo esto no os parece todavía bastante maravilloso, y que quisiérais, como los caballeros de la taberna de Auerbach (1), dulce Tokay ó espumoso Champaña. Tambien de este os daré, si no teneis á molestia emprender conmigo un paseito al través del Atlántico hácia Sumatra, ó á otro punto cualquiera donde florezca la palma sacarífera. Supongamos que un Malayo quiere celebrar mañana sus bodas y desea obsequiar cumplidamente á sus huéspedes, dándoles pié para pillar una zorra como un templo, y no con una bebida ordinaria, sino con espumante Champaña. ¿Cómo se compondrá, no teniendo en sus viñedos Johannisberg ni Hochheimer? (2) Muy sencillamente. Irá á una palma sacarífera, abrirá algunos agujeros junto á los tiernos retoños, colocando debajo una caña de bambú ó de allang, y lo abandonará al cuidado de la madre naturaleza, que derramando por invisibles venas su misterioso raudal, le escanciará, mientras él descanse en el blando regazo del sueño, una bebida deliciosa, tanto que difícilmente pudo aventajarle el Champaña, que en espumosos borbollones surgió de la mesa de la tradicion al mágico conjuro de Mefistófeles. Por desgracia no se ofrecerá nunca á nuestra alegre reunion la ocasion de beber en alabanza de este suave licor: fugaz como la espuma es tambien su espíritu. Es un hijo del dia, del momento pasagero, un efímero, que bailotea alegre al rayo del sol, y que desaparece de la vida, antes que este se hunda en el horizonte, como al romper de la mañana las elfas de la balada. El que rebosaba de vida, no hace un momento, ha sido tocado por la yerta mano del dolor; y con avinagrado rostro dá á la dulce vida el postrer adios. «Este es en la tierra el lote de lo bello! (3)» Otro tanto puede decirse de sus congéneres procedentes de la noble familia de las palmas; pues debeis saber, amigos mios, que habita una Hebe en cada palma sacarina. Ahí teneis, por ejemplo, la palma del aceite *(Elais Guineensis)*, que ofrece á nuestro atezado hermano en la costa de Guinea, cuando ha alcanzado, al cabo de 6 ú 8 años, su completo desarrollo, una ó dos azumbres de vino al dia por espacio de cinco semanas. — Pero esta preciosa propiedad no es un tributo esclusivo de la noble raza de las palmas; tambien la poseen otras plantas mas plebeyas; tal como la agave americana, malamente llamada aloes, prima hermana de la piña ó ananas. Ignoro si en el sur de Europa, donde se halla desde largo tiempo naturalizada esta ciudadana del nuevo mundo, sirve para otra cosa que como centinela de los cercados; pero lo que sí sé es, que en Méjico se trasforma tambien en otra Hebe, con pérdida, es verdad, de sus primeros y únicos amores. Apenas ha alcanzado el grosor de dos piés y medio de diámetro; apenas traspuestos los límites de su edad virginal, empieza á entrar en su período materno y á arrojar los magníficos candelabros de su inflorescencia, cuando una mano codiciosa estiende sobre ella el mortífero acero; rueda su cabeza: ábrenle en el tronco un hueco, en que, como lágrimas, lentamente al principio, y luego á torrentes, brota el zumo de su corazon: el *agua miel* de los Mejicanos, la leche destinada á los floridos hijuelos. Con abundancia se reune en la cavidad, donde caben algunas azumbres. Afortunada tierra de los trópicos en que manan las mas deliciosas fuentes de cuerpos de flores; en que una simple agua miel corre parejas con nuestro mosto de sidra, y en que, pasados algunos dias, como de una oscura larva se desprende la mariposa de etéreas alas, y se convierte en un ser espirituoso y embriagante. Este es el *pulque* de los Mejicanos; el que cada mañana se estrae, por medio de una calabaza, del tronco de la mutilada Hebe, trasegándolo á un odre de piel de cabra, donde se deja encerrado hasta tanto que ha sufrido su espirituosa trasformacion. Así manan, durante tres meses seguidos, algunas azumbres diarias del cuerpo de una sola planta.

¿No se os viene en este punto á la mientes el meloncacto de la América meridional? ¿no os sentís trasladados á los inconmensurables Llanos, el Zahara del nuevo mundo? En efecto, lo que es la agave para las desiertas y altas llanuras de Méjico, es allí, en medio de la mas terrible sequía, el meloncacto *(cactus melocatus)*. «Así como en el helado norte,» refiere Humboldt, «se envaran con el frio los animales, así tambien dormitan allí inmóbiles y lácios el cocodrilo y el boa constrictor, hundidos en el seco fango. Entre densas nubes de polvo, aguijoneados por el hambre y la ardorosa sed, vagan errantes los caballos y toros bravíos; estos, bramando sordamente, y aquellos, con el cuello tendido, husmeando el viento para adivinar por la humedad del aire algun charco no desecado aun enteramente.» Nos encontramos, geográficamente hablando, en la region de la sed, en que el bebedor es un pez sobre la seca arena, cual dice uno de nuestros mas bellos cantares báquicos, donde una fuente sería para el infeliz viajero una maravilla, y una hostería el séptimo cielo. Y sin embargo, allí está la maravilla, el meloncacto, fruto de formas análogas á las del melon, al cual, por decirlo así, se le salen las costillas del cuerpo, y que á pesar de esto, entre sus catorce costillas, que, cubiertas de erizados aguijones, amenazan al atrevido que se llegue á tocarlas, oculta un delicioso manantial. Esta es la planta peregrina, á la que, en estilo metafórico, pudiera llamarse el camello vegetal de aquellas vastas llanuras. Raro como este parador en medio del desierto, es tambien el ardid de que se vale el mulo ladino para abrirse paso hasta la fuente tan terriblemente defendida. Con descorteses coces llama, machacando de lado las agudas puas, antes de atreverse á acercar, no sin mucha cautela, el hocico para sorber el zumo de los abrojos. Mas no siempre se bebe impúnemente de esta viva fuente vegetal, pues muchas veces se ven animales cojeando por las espinas de cacto que se clavaron en el casco. ¡Pero qué mucho! ¿no tienen tambien sus peligros las fuentes en que apagamos hoy dia la sed, y no han dado al traste con mas firmes herraduras?

Pero la region de la sed, cual de ello es nuestra reunion patente muestra, no se encierra en los límites del desierto. ¿Qué hariais, si, trasportados de repente al mas espeso bosque vírgen de los trópicos, esperimentáseis cierta sensacion particular de la lengua tan grata en este recinto, pero muy poco atractiva en aquel lugar, á 30 grados de Reaumur? Trataríais sin duda de dar á entender á vuestro guia indiano, en la mas inteligible de todas las lenguas, la de los gestos,

(1) Esta taberna existe aun hoy dia en la calle de Grimma, la mas céntrica de Leipzig; y debe la celebridad de que goza, no tanto á sus escelentes vinos, como á la que por reflejo recibe del poema inmortal de Goethe. Para los Alemanes, que miran con sentida veneracion cuanto se refiere al grande hombre, se ha convertido este lugar en un monumento histórico, donde hacen copiosas libaciones á los manes del poeta; porque allí concibió Goethe la primera idea de su Fausto. Así la impresion que produjeron en el ánimo del jóven estudiante dos viejas y denegridas pinturas, que adornan todavía las paredes de la taberna, recordando la hechicería de Mefistófeles y su huida á caballo de un tonel, allí supuestas por la tradicion popular, germinó y vino á dar por fruto, tras largos años, la obra maestra del Maestro: una de las joyas literarias mas preciosas de que se glorian la Alemania y la literatura moderna.

No pasa por Leipzig ningun viajero nacional ni estrangero, que no acuda á visitar la taberna de Auerbach; los Alemanes, sobre todo, son entusiastas por esta romería. Nosotros tampoco lo omitimos, y vaciamos en honor del primer poeta germánico una botella de dorado Hoheimer. El pátrio orgullo, el entusiasmo literario, combinados con la propension tan decidida en los habitantes del Norte á las bebidas fermentadas, producen resultados muy pingües al dueño de esta bodega monumental. Esta reminiscencia báquica no creemos que disuene al márgen de un discurso idem per idem.

(2) Esquisitos vinos del Rin

(3) Palabras de Tecla, al saber la muerte de su amado Max, en la tragedia de Schiller «La muerte de Wallenstein.»

que no le tomaríais á mal que allí por arte de encantamento os hiciese brotar del suelo una hospitalaria hacienda ó una fuente cristalina. Pero él, en vez de esto, os señala con el dedo una planta sin hojas, seca y parecida á una cuerda, que enroscándose por los troncos y las ramas, sube hasta las mas altas cúspides de la selva virgen. En tanto que vosotros, con mudo ademan, le preguntais lo que aquello significa, ya ha cortado él de un hachazo la liana, de cuyo seno brota un refrigerante manantial, cual si la mesa mágica del cuento de hadas se hubiese convertido en realidad. Y tan generoso os regala el bosque primitivo de su misteriosa fuente, que llena vuestro vaso ocho ó diez veces, antes que se cierre la espita invisible del milagroso tonel.

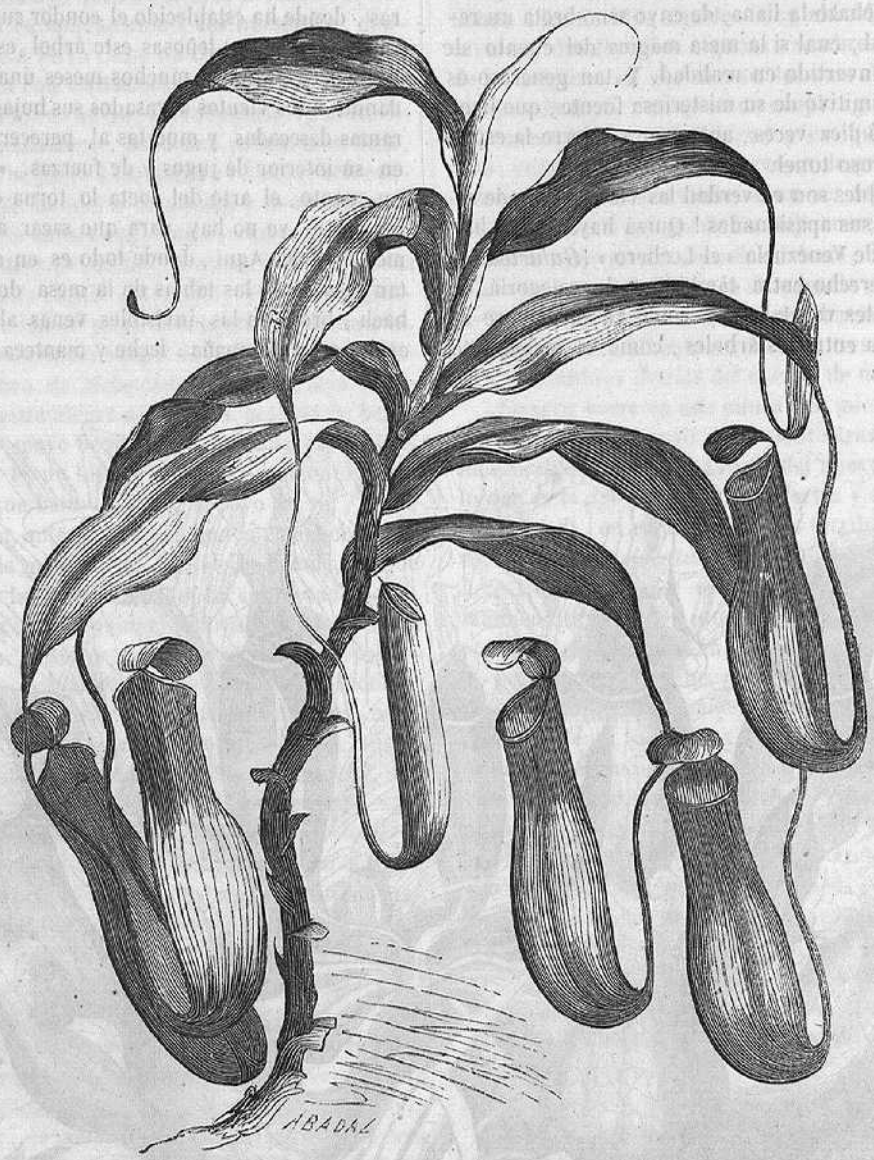
Muchas y admirables son en verdad las vias por donde sabe Hebe escarciar á sus apasionados! Quizá hayais oido hablar del raro árbol de Venezuela «el Lechero» (*Galactodendron utile*). Con derecho entra tambien en la categoría de estas fabulosas fuentes vegetales, y como ya su nombre os lo indica, es la vaca entre los árboles, como el meloncacto el camello entre las plantas. Y no me chanceo en modo alguno al participaros, que en aquella tierra de promision, así como el café, crece tambien en los árboles la leche. Un árbol de aspecto parecido al de la higuera, cuyo tronco alcanza á veces la altura de 60 piés, con 40 de copa, y ramas de 45 piés de longitud, es el que allí sirve á la diosa en calidad de vaca lechera. Allí, en las áridas vertientes de las elevadas cordilleras, donde ha establecido el condor sus reales, allí echa sus raices gruesas y leñosas este árbol estraordinario, que no humedece durante muchos meses una sola gota de lluvia, dando á los vientos abrasados sus hojas secas y tenaces, sus ramas desecadas y muertas al parecer, y sin embargo lleno en su interior de jugos y de fuerzas. «Por fabuloso que sea un cuento, el arte del poeta lo torna cierto,» dice Goethe; pero aquí ya no hay para que sacar á colacion su milagro mefistofélico. Aquí, donde todo es en apariencia leña seca, tan seca como las tablas de la mesa de la taberna de Auerbach, brota de las invisibles venas algo mas que Tokay y espumoso Champaña: leche y manteca, como en la tierra de

Jauja. Repito que no hablo de burla. Preguntad al afamado químico Boussingault, y os dirá que la leche de este árbol posee las cualidades físicas de la de vaca; que por el calor se separa de ella una materia grasa, y otra de la naturaleza de la fibrina; que esta presenta todas las propiedades de las sustancias animales, y una descomposicion análoga á la del queso; que la leche, convenientemente evaporada, adquiere el sabor del mazapan, y finalmente, que la parte grasa puede transformarse en una vela de cera. Ahora comprendereis fácilmente el grupo abigarrado de hombres, mugeres y niños, de blanco y negro color, que al rayar del sol, hora en que la dulce fuente,—nueva maravilla!—cual la ubre de la vaca, fluye mas abundante, corre con sus jarros y tazas hácia esta rara vaca vegetal. Asímismo comprendereis al negro de la América del Sur, que está ordeñando su árbol melonero (*Carica Papaya*), como tambien al Canario al pié de su tabayba (*Euphorbia balsamifera*), que dá una leche parecida á la de la euforbia; y al Indio de Ceylan, recogiendo el zumo de la soma (*asclepia lactifera*), que le sirve para preparar su arroz en leche. A lo menos tengo mis buenas razones para llamar soma á esta última planta. La verdadera soma, como todos saben, es la *Asclepias ácida* de Roxburg, planta sarmentosa y desprovista de hojas, cuyas flores salen de los nudos, y cuya leche tiene un sabor suave y agradablemente ácido. Es la soma que representa un papel tan importante en la antigua religion de los Hindos. Ya veis pues, amigos, como tambien aquí se trueca nuestro cuento en realidad. Y cata ahí un milagro, creed con fé sincera! y el Hindo ha tenido, desde remotos siglos, fé suficiente para ver, en esta ubre vegetal de la madre tierra, el pezon del cielo. Os hace

sonreir esta infantil representacion de un pueblo de imaginacion ardiente; ¿pero es acaso otra cosa el Baco de los gentiles?

Voy á concluir. ¿No habeis oido hablar alguna vez del bambú guáduas de los trópicos americanos? Crece hasta la altura de 90 piés, y forma, como toda yerba y todo bambú, un tronco hueco, con nudos de trecho en trecho. Si agujereais uno de sus nudos, fluirá el agua mas fresca, pura y cristalina. Cortadlo por la raiz, y cargad con el tronco allí, bajo el sol abrasador de los trópicos, donde diérais un reino si á vuestra disposicion lo tuviéseis, por un trago de agua fresca, y llevareis un tonel vivo, que, en cada uno de sus nudos, encierra el manantial que sustenta la vida y repara las fuerzas.

Sin embargo, si, como sabe muy bien el navegante, pueden sufrirse en medio de las insondables aguas del inmenso Océano los tormentos de Tántalo, ¿por qué no así en un pantano? Pero la naturaleza es en todas partes una madre cuidadosa. Tal como surgen con frecuencia de las salobres ondas del Océano chorros de agua dulce con impetuosa fuerza, así tambien en los pantanos de la tierra. Aquí ha hecho la diosa Flora su obra maestra, dando no solo fresca bebida, sino ofreciéndola tambien en la copa mas graciosa. En dos tipos vegetales ha resuelto este admirable problema: la especie de las plantas destilatorias (*Nepenthe*), y la de las urnas (*Sarracena*), aquella en la India, y esta en Norte-América. Echad la vista al diseño de la primera (véase la lámina), y os maravillareis del arte esquisito con que supo labrar la mano maestra de Flora, del limbo de una hoja, el mas perfecto ideal de un jarro con su cobertera (1) y todos sus accesorios. Considerad la segunda (véase la lámina), y os admirareis tanto mas, cuanto no echareis á menos ni siquiera el trabajo del esmalte en las delicadas venas de la hoja transfigurada en un objeto de arte. Solo el que desfallece de sed en medio de las calientes y nauseabundas exhalaciones del marjal sabe apreciar todo el valor de estas floridas urnas; y tambien lo sabe el que atraviesa los enmarañados bosques de higueras de la India, donde la planta destilatoria se encarama en torno de los árboles gigantes, cual si fuera la Hebe del recio tronco que desafia al huracan y á cuyo seno se estrecha como su amante liana.



Concluiré mi peroracion aquí, donde se nos presentó de nueva la naturaleza bajo la forma de la graciosa Hebe. ¡Plegue al cielo, que cada uno de nosotros se vea cariñosamente ceñido por la amable Hebe de su vida! pues, por admirable que sea cuanto descubrieron nuestras miradas al pasearse en torno del magnífico reino de Flora, no es tan admirable todavía ni tan portentoso como el amor. Él es la Flora genuina de la vida, por cuanto hace brotar flores del mas árido suelo; él es tambien el que hace surgir manantiales de profundidades recónditas, donde nadie las sospechára. En él encuentra la vieja leyenda de la taberna de Auerbach su mas bella realizacion. Así pues, amigos queridos, brindad conmigo —«¡al amor!»

(1) Los vasos que se usan en Alemania para beber la cerveza están provistos de una cobertera sujeta por medio de una charnela para impedir la evaporacion del líquido. Los comunes son de vidrio con tapadera de estaño, pero los hay de todas las materias de las formas mas caprichosas, y tambien los hay de mucho precio y de verdadero mérito artístico.

Juan Font y Guitart.

Juan Pablo Federico Richter.

Su biografía y juicio sobre sus obras.

Juan Pablo Federico Richter nació en el pueblecillo de Wunsiedel en Baviera, el 2 de marzo de 1763, cuatro años despues de Schiller, y catorce despues de Gœthe. Su padre era otro de los maestros subalternos de la escuela pública de aquel lugar, y ascendió despues á cura párroco de Schwarzenbach, en las orillas del Saala.

Como tantos escritores sobresalientes de Inglaterra y Alemania, fué Richter hijo de un clérigo; y por cierto que en varios pasos de sus obras dió gracias al cielo porque no le hizo nacer entre los bodoques de Berlin y de Viena, ni en un coche, como á los hijos de la aristocracia, que ya de niños andan recorriendo la Europa, muy agenos de las fruiciones del hogar doméstico.

La primera educacion de Juan Pablo (1) fué muy limitada, y poco adecuada por consiguiente para satisfacer su insaciable amor á la lectura y su anhelo de instruirse. De ahí fué que, solo despues que se hubo trasladado su padre al curato de Schwarzenbach, donde pudo el muchacho pedir prestados algunos libros de un clérigo vecino, logró aquietar hasta cierto punto su afan por la lectura. Con aquel logro fué su gozo estremado. No le bastaba empero leer una y otra vez los libros que podia haber, sino que hacia de ellos lo que llaman los estudiantes alemanes *excerpta* ó estractos; y de este modo echó los cimientos de una coleccion de notas y observaciones, que, cuando llegó á la edad de diez y ocho años, componian ya diez y ocho volúmenes en 4.° de letra muy metida, y muchísimos volúmenes poco antes de su muerte.

Un vicariato campestre, montañas y bosques, arroyos murmurantes, y escuelas de lugar: tales fueron las primeras imágenes que se presentaron á sus ojos, tal el apacible horizonte donde vió cernerse imágenes fantásticas. Ya de niño, mostró el futuro poeta en prosa (pues jamás compuso un verso) grandísima aptitud para el estudio y las ideas especulativas.

A la edad de diez y seis años entró Juan Pablo en el gimnasio (2) de Hof, donde estuvo dos años, y así en uno como en otro le encargó el maestro, que con razon le tenia ya por el alumno mas aventajado, la composicion sobre un tema, segun se acostumbra en las clases de retórica. En el primero, eligió este tema: *Importancia del descubrimiento de verdades nuevas*, y en el segundo, este otro: *Cuanto importa el temprano estudio de la filosofía*. Nótanse en ambas composiciones la direccion de espíritu que le era particular, su entusiasmo por el saber, la penetracion de su pensamiento, y la blandura de su índole. Vamos á citar algunos pasajes de la primera, y téngase presente que era un muchacho de diez y seis años quien la compuso.

« Nada mas útil, dice Richter, nada mas noble que el descubrimiento de nuevas verdades. No falta quien se opone á esta tésis; pero su demostracion es muy llana. El hombre es un ser limitado, que vá desenvolviendo sus facultades, y alcanza por grados la perfeccion de su ser. Pues tan solo Dios es cuanto puede ser, y de una vez. Así pues, cuanto mas progresa el mortal, tanto mas se ensancha su horizonte, mas ideas abarca, tanto mejor repara sus relaciones, y puede descubrir verdades por medio de comparaciones y consecuencias. De ahí es que necesariamente será mas descubridor de verdades el mas culto y pensador: verdades que aparecerán nuevas é increibles al que haya pensado menos que aquel. ¿Y no es bueno, no es noble este descubrimiento? ¿Acaso deberemos desecharlo porque es nuevo? ¿Qué carácter ó indicio de reprobable y falso trae pues consigo eso que llaman nuevo? Ninguno. Lo único que indica es que miles de hombres no tuvieron la inteligencia ó penetracion suficientes para traerlo al punto al que lo trajo el otro. Acontece comunmente que es el génio quien encuentra lo nuevo, con lo cual allá se destempla la necedad, pero que á la cordura le toca buscar. Todo descubrimiento fundado de nuevas verdades ha de humillarnos, por cuanto viene á probar la cortedad de nuestros alcances. Cuando, por ejemplo, un Newton descubre una teoría enteramente nueva de la gravedad, no inventa la cosa; pues ya millones de años antes que él, atraia un cuerpo del universo á otro cuerpo; no añade al hecho nada nuevo, sino que aventa la oscuridad que sobre este punto envolvia nuestras ideas, hace visible á nuestra percepcion lo que antes era invisible, no hace mas que enlazar las proposiciones, que ya existian mucho antes que nosotros, y saca de ellas una conclusion. Y esto es cabalmente lo que para nosotros dá tan subido precio al descubrimiento de verdades nuevas. De ellas nacieron las ciencias todas. Cada ciencia fué, en su orígen, una escasa coleccion de ideas inconexas, separadas por mil lagunas y proposiciones falsas. Aquella coleccion se legó á la posteridad, la que trató de formar de ella un sistema, llenando las lagunas con proposiciones falsas como las otras.

« Pero llega despues un pensador, un génio, quien derriba lo de acá y lo de mas allá, y levanta otro edificio. Las generaciones siguientes se afanan luego en mejorarlo. Tal es el camino por donde han venido á alcanzar alguna perfeccion todas las ciencias; y no cabe que el entendimiento humano obre de otro modo. ¿Pero qué diremos de aquel que rechaza todas estas novedades, y que se aferra en tener por invulnerable é incontrovertible todo el sistema que recibió de sus mayores? Si así hubiesen pensado todos los hombres, ¿no nos hallaríamos todavía en el mismo punto en que, respecto de las ciencias, estaban Noé y sus hijos? Si tal fuese nuestra opinion, ¿no ahogaríamos desgraciadamente todo el celo y el ahinco de los hombres en busca de la verdad? ¿y qué fuera del progreso de las ciencias? Perdiérase para siempre. Basta considerar desapasionadamente la historia de los hombres, de su cultura ó barbarie, para convencerse de cuán poca cosa fué y pudo ser cada ciencia en su principio, de que solo muy gradualmente pudo levantarse, y de que á sus medros contribuyó solamente el descubrimiento de nuevas verdades...»

En 1781, esto es, á la edad de diez y ocho años, habiendo concluido Richter sus estudios en el gimnasio, pasó á Bayreuth para examinarse, y habiendo salido aprobado, fué á la

(1) Como autor, adoptó Richter sus dos primeros nombres de pila, porque estaba muy pagado de llevar el del discípulo mas amado de Jesus, y el de su apóstol mas eficaz. De ahí el haber venido á ser tan popular en Alemania con estos dos nombres.

(2) Voz admitida en Alemania para espresar escuela, y que se aplica á nuestras escuelas de instituto ó de segunda enseñanza. Se deriva del griego γυμνάζω, que significa propiamente ejercitarse con el cuerpo desnudo; y mas adelante usaron los Griegos esta palabra hablando de los ejercicios del entendimiento.

escuela superior de Leipzig, provisto de su correspondiente certificado de pobreza, ó sea *testimonium paupertatis*, en lenguaje universitario. El dia antes de su partida, escribióle su amigo, el párroco Vogel, el billete siguiente:

« Mi querido muchacho, de quien vaticino tanto y tan bueno al mundo, querido amigo: ¿Con que se marcha V. mañana para Leipzig? Vaya V. pues con Dios, y no vuelva V. que no sea lo que V. es y debe y puede ser. Acompáñanle á V. mis mejores deseos. Apenas me atrevo á rogarle á V. que, en medio de sus estudios, no me dé al olvido, y que siga V. conmigo nuestra correspondencia. Adios otra vez. »

Llegado que hubo á Leipzig, escribió Richter al rector Werner de Schwarzenbach lo siguiente:

« Aquí he llegado bueno. La ciudad es hermosa, si así debe llamarse toda ciudad que tenga casas grandes y largas calles; pero lo que es á mí, se me antoja harto uniforme. Confieso que no me ha llamado la atencion la magnífica campiña de que V. me habló; reina en todas partes una perpétua uniformidad, nada de valles ni colinas, nada de aquel atractivo que me cautivaba en ese pais. Bajo muchos respectos he encontrado aquí las cosas como V. me las pintó; pero en otros he notado alguna diferencia. Tambien son aquí los estudiantes tan corteses y atentos como V. me los describió; pero por lo que hace á conferencias, son rarísimas, y muchos los que las ofrecen. En las casas principales no admiten á ningun conferenciante, que no traiga muy buenas recomendaciones. Así lo he sabido de boca de varios profesores de acá; y todos me han repetido el refran nada agradable de esta ciudad: *Lipsia vult exspectari*. Y el *exspectari* es tan indefinido, que si uno se está cincuenta años en Leipzig, y no halla ocupacion en todo este tiempo, todavía le atronarán los Leipziqueses los oidos con el eterno refran, de que hay que aguardar, que ya vendrá un dia ú otro.

« El señor Kirsch de Hof ha venido aquí conmigo, y su presencia me ha servido de grandísima utilidad, pues me ha recomendado eficazmente á varios profesores, y me ha estendido un magnífico certificado de pobreza, con el cual se me abren las puertas de todos los colegios. Dicho certificado me ha servido de mucho con el profesor Platner, que es muy amante de la filosofía. »

En otra carta al mismo se espresa de este modo:

« Nada ha modificado hasta ahora mi opinion respecto del *exspectari*; antes al contrario, todo lo corrobora mas y mas. No he logrado todavía ninguna conferencia, ninguna leccion, ningun recurso. Tampoco es fácil tener acceso á los profesores. Los que merecen su nombradía, y cuyo cariño me fuera tan útil, andan tan embargados en sus tareas, y están rodeados de tantas personas de distincion y de tales enjambres de viles aduladores, que el pobre, á quien no le recomienda su vestido ni su estado, con dificultad puede llegar hasta ellos. Con todo, no pierda V. la esperanza enteramente; sin duda arrollaré todos estos obstáculos. Y aquí se presenta otra vez el enigma, cuya solucion aguarda V. con tanta impaciencia, y que allá muy á oscuras he esplicado á mi pobre madre. Mas por ahora, como está pendiente todavía, solo puedo decirle á V. que no se trata de conferencias, ni de estipendio, ni de cosa de este jaez. Se trata de algo que V. está muy ageno de presumir, que todavía no puedo decir á V. hasta que el éxito venga á corresponder á mis esperanzas. Pero basta ya sobre este punto.

« Yo estoy bueno; el aire de Leipzig me prueba muy bien, y la ciudad me vá agradando mas, sobre todo desde que he descubierto ciertos jardines.

« ¿Sabe V. lo que me impulsa á trabajar y dá nuevas alas á mi aplicacion? Lo mismo que V. apunta en su carta: mi madre. Yo estoy en la obligacion de amenizarle una parte de la vida, despues de los trabajos y quebrantos que ha pasado hasta ahora, sobre todo desde que murió mi padre. Tambien debo tratar de promover el bienestar de mis hermanos. Si así no fuera, otros serian mis estudios; no me aplicaria sino á lo que me gustase, y no admitiria en mi vida ningun empleo público. Quizás le suene á V. muy estraño lo que aquí estoy diciendo; pero si conociese V. la situacion en que me han colocado mi posicion en el mundo, el estado de mi alma, y mi destino, tendria V. por razonable lo que digo. »

De las cartas que desde Leipzig escribió Richter á su amigo Vogel, estractaremos los pasos siguientes:

« No cuenta esta universidad tantos hombres eminentes como se supone; pues, si esceptuamos á Platner, Moro, Clodio y Dathe, no se ven mas que medianías. Dathe lee muy mal, y tiene además malísima produccion; no sabe decir en la cátedra ni la mitad de lo mucho y bueno que dice en sus libros. Dá mas gusto y provecho leerle que oirle.

« La moda es aquí una señora por todo el mundo acatada. Cuajan las calles los lechuguinos, los cuales, en haciendo buen tiempo, revolotean por acá como las mariposas. Si V. ha visto uno, haga V. cuenta de haberlos visto todos; son como los muñecos de los titiriteros, y ninguno de ellos tiene ánimo de ser lo que es. El señorío anda aquí de un tocador á otro, de tertulia en tertulia, arroja por donde pasa un par de necedades, rie y llora al remedo de lo que vé, entretiene á una tertulia con las sandeces que ha recogido en otra, y ocupa su cuerpo con comer, y su alma con no hacer nada hasta que le coge el sueño. El que no se vé forzado á ser cuerdo por la pobreza es en Leipzig el mentecato que acabo de describir; en efecto, de esta clase son los mas de los estudiantes ricos. — En contestacion á la pregunta que V. me hace acerca de mis estudios, digo que he asistido y asisto á las lecciones de Weber sobre el Evangelio de San Juan, á las de Moro sobre los actos de los Apóstoles, á las de Platner sobre lógica, metafísica y estética, á las de Wieland sobre ética, á las de Gehler sobre geometría y trigonometría, y á las de Rogler sobre lengua inglesa. Las lenguas son ahora mi estudio predilecto, por efecto del cariño que tengo á ciertas obras. Hasta aquí he leido obras filosóficas; mas ahora la agudeza de Voltaire, la elocuencia de Rousseau, el estilo magnífico de Helvecio y las finas observaciones de Toussaint me escitan al estudio de la lengua francesa, y no creo aprender, sino deleitarme, pero, con las impresiones de los pasos descollantes por su hermosura y agudeza, me queda siempre el recuerdo del modo como se espresaron. He leido á Pope, el cual me cautivó, lo propio que Young. Ahora estoy dedicándome con ahinco á la lengua inglesa, con la mira ante todo de poder leer el hebdomadario intitulado el *Espectador*, del cual tenemos una malísima traduccion. La elocuencia de Rousseau me cautiva, no menos que la de Séneca y Ciceron; las sátiras de Pope me deleitan aun mas que las de Horacio. Su *Crítica de la Razon* es una obra maestra que allá se vá con el *Arte poética* de Horacio. Tambien estoy leyendo con placer los autores latinos. »

Por aquel tiempo compuso Juan Pablo su famoso *Elogio de la Necedad*, obra satírica y profunda, en la cual dió ya á conocer su talento de escritor, aventurando con ella el primer paso en la carrera que inmortalizó su nombre. Con este motivo escribió á Vogel, en marzo de 1782, lo siguiente:

« Ya sabe V. que soy pobre; pero quizás no sabe V. que nadie trata de aligerarme la pobreza, pues ante todo se requiere dinero para dar á entender á un patrono que uno está menesteroso de dinero; lo que equivale á decir que el que quiere ser rico no ha de ser pobre. Esto no tiene cabida conmigo,

Dios me ha negado además cuatro piés, con los cuales se granjean algunos las condescendientes miradas de un favorecedor ó las migajas de su sobrante. Tampoco está en mí ser adulador ni un mentecato á la moda, ni puedo granjearme amigos con la soltura de la lengua ó la flexibilidad de mi espinazo. Hágase V. cargo de todo esto, y se hará V. una idea de mi situacion. Pero de cómo quiero mejorarla, de esto sí que está V. muy ageno. Ocurrióme un dia: — Voy á escribir libros para poder comprar libros: voy á instruir al público (permítame V. la espresion en gracia de la antítesis) para poder aprender en la Academia; quiero convertir el objeto en medio, ó, lo que es lo mismo, poner el caballo detrás del carro. — Varié entonces el género de mis estudios; me puse á leer autores latinos, franceses é ingleses. El *Encomium Moriæ* de Erasmo me sugirió la ocurrencia de componer un elogio de la necedad. Así que, puse manos á la obra, tropecé con obstáculos donde no los aguardaba, y con ninguno donde los estaba temiendo, y di fin á la obra el mismo dia que recibí su apreciable escrito de V. Ahí le remito á V. mi ensayo; y recuerde V. que lo es de un jóven de diez y nueve años.»

Pero este primer ensayo de Richter no halló editor, y aunque siguió afanándose mas y mas por ganar su escasa subsistencia, vióse finalmente en la precision de salir de Leipzig, sin poder pagar por entonces el gasto de la posada, que importaba unos 400 reales. Así terminó en 1784, la vida universitaria de nuestro poeta.

Su cariñosa madre, llevada de una piadosa ambicion, le habia destinado para la iglesia, y con esta mira comenzó el mancebo, en la universidad de Leipzig, el estudio de la teología. Mas no cabia que esta ciencia, con sus dogmas y barreras, interesase á un jóven de índole tan sensible é independiente. Fuera de esto, traian á la sazon muy agitada á la iglesia alemana una multitud de cuestiones; y en medio de las confusas discusiones de los doctores de su pais, harto trabajo le hubiera costado al estudiante mozo poner en planta la regla que dá Mefistófeles al indeciso alumno que acude á consultarle, y á quien dice:

«Lo mejor que puedas hacer será no oir mas que á uno solo, y jurar sobre la palabra del maestro (1).»

Volvió pues Richter á Hof, donde, á la manera de Horacio y de tantos otros, estimulado por Apolo y la pobreza, siguió su vocacion de escritor. Su madre se hallaba en tristísima situacion; la pobre mujer habia perdido en un litigio el escaso patrimonio de su padre; y habiendo tenido que salir de la vivienda donde el anciano ejerciera honradamente la profesion de tejedor, se habia metido en una mísera habitacion, donde guisaba, lavaba la ropa é hilaba en el único cuarto que habia de servir para todas estas tareas. Aquel cuartito fué el estudio de Juan Pablo; allí llevó doce gruesos volúmenes de estractos de diversos autores, una cabeza que valia por sí sola toda una biblioteca, un corazon tierno y accesible á todas las simpatías generosas, y un ánimo firme, resuelto y levantado. Estando en el pueblo de Hof, publicó los dos tomos de los *Pleitos groenlandeses*, y el éxito de esta obra le movió á escribir un volúmen de sátiras, que intituló: *Papeles escogidos del diablo*. Pero mediaron algunos años antes no halló un segundo editor; esto no obstante, seguia Juan Pablo trabajando con ahinco; no salia en todo el invierno del cuarto de su pobre madre, sin mas distraccion que el asomarse de vez en cuando á la ventana de la triste calle de Hof; y ni siquiera le cabia, segun él mismo se espresa, el consuelo de los presos condenados á pan y agua, puesto que no pocas veces venia á faltar el primero, y si por acaso entraba un florin en su choza, ocasionaba aquella novedad unos gritos de júbilo capaces de romper los vidrios de la ventana. Batallaba el pobre Juan Pablo al mismo tiempo con su desnudez, pues apenas tenia de que cubrir el cuerpo; quizás se hubiera reido él mismo de tamaña indigencia, á no haberle atormentado el hambre. Así vivia el poeta desvalido; pero tenia en su interior una fuerza de gigante, y de las honduras de la miseria en que yacia, levantábase su alma mas pura y enérgica, robustecida por su dolor, y ennoblecida por su lucha, como lo fué Hércules por sus trabajos. «¿Y qué viene á ser la pobreza?» decia por aquel tiempo; «¿qué cosa tan mala es la pobreza para que un hombre se queje de ella? Es el dolor que esperimenta una muchacha, cuando le horadan las orejas para colgar de ellas ricos joyeles.»

La falta de vestidos de que hemos hablado fué un punto capital en los hábitos de Juan Pablo, uno de aquellos rasgos por donde se descubre el carácter de un hombre descollante. Ora fuese por necesidad, ora por antojo, habia venido á formarse un traje muy distinto del que se usaba en su tiempo. Así fué que escribió un dia á su madre: «Como ya no cabe que dure por mas tiempo mi chaqueta, he resuelto pasar sin ella, y así lo haré, si puede V. enviarme un capoton; solo se requiere que tenga el cuello á la moda de Hamlet, que sea abierto de pecho y deje el cuello libre. Tambien me he cortado la cabellera (usábase en aquel tiempo la cola y peinado empolvado). Dícenme los amigos que así no estoy mal, y de este modo ahorraré los cuartos que habria que dar al peluquero. Solo me quedan algunos bucles rizados.» Pero al sobreponerse aquel filósofo tan mozo á los usos vulgares, estaba muy ageno de prever la persecucion á la que iba á esponerle su traje *hamletano*. Los buenos vecinos de Hof se escandalizaron al ver en el pueblo una cabeza rapada y un cuello descubierto. Algunos amigos de Juan Pablo le hicieron presente su despropósito; pero fué trabajo perdido, por cuanto estaba Juan Pablo muy resuelto á sostener en este punto su poética libertad. Por nimia que fuese esta cuestion, venia á rozarse no obstante con las condiciones de la vida moral; así fué que se suscitó sobre la materia una discusion filosófica, movida por el cura párroco Vogel, otro profeta de la futura nombradía del jóven, quien le escribió en estos términos:

«Segun veo, solo hace V. caso de lo interior, y de lo esterior nada, del cuesco, y no de la cáscara. Mas ¿acaso no halla V. en todo materia y forma? ¿y si está la una desfigurada, no lo está la otra tambien? No dudo que reprobará V. la filosofía de Diógenes, que, para distinguirse de los demás hombres, se metia en un tonel. Ahora bien, ¿cómo cabe que ponga V. en planta una filosofía que allá se vá con la del Cínico. Vuelva V. en sí, amigo mio, tenga V. presente que no es V. el único hijo de este mundo, y que, á la manera de las hormigas en el hormiguero, le es á V. fuerza vivir en medio del tumulto de la vida.

»¿Acaso no censuraria V. tambien al pintor que exagerase la verdad de la vestidura, en términos de representar á un romano en casaca y pelo rizado? Allá ván dos refranes: No nades contra viento y marea; y si con lobos andas, ahulla como ellos. Vulgaridades, dirá V.; enhorabuena, pero esto no quita que encierren una alta sabiduría. La verdadera filosofía no consiste en adaptar la naturaleza de los demás á la nuestra, sino antes bien la nuestra á la suya. El que trascuerde este axioma no dará muchos pasos sin tropezar y venirse al suelo. ¿Qué es lo que intenta V.? ¿Tomar en el centro de Alemania la traza de un Breton? ¿No equivale esto á decir á las

(1) Am Besten ist's auch hier wenn Ihr nur Einem hœrt
Und auf des Meister's Worte schwœrt.
Fausto, acto 1.º

gentes que se pongan anteojos para mirarle á V.? Mas no, que esto no lo consiente su modestia de V. Procure V. pues evitar cuanto, por nimio que aparezca, pueda hacerle á V. menosvaler á los ojos de sus contemporáneos.»

A estas afectuosas reconvenciones contestó Juan Pablo de esta manera:

«Sus argumentos de V. son hijos de su buen corazon, antes que de su buena cabeza. Los refranes que V. cita no son razones, y si viniésemos á darles tanta importancia, nos conducirian á conclusiones de mucha cola; pues si yo tratase de nadar con la corriente, pudiera muy bien acontecer que la corriente tragase mi virtud; la region del vicio no es menos estensa que la de la moda; y si yo he de ahullar con los lobos, ¿por qué no habria de robar tambien con ellos? Si las gentes maltratan la cáscara, maltratarán tambien el cuesco. ¿Mas por qué? Veamos de qué modo maltratan la cáscara. V. afea á Diógenes lo que otros le aplaudian. ¿Por ventura la conducta que siguió aquel ínclito varon le arrebató su filosofía, su noble corazon, su ingenio, su virtud? No por cierto; antes bien le dió la paz, la independencia del juicio, le eximió de necesidades dolorosas, le hizo insensible á las heridas, y en tal situacion, podia alzarse contra el vicio y condenarlo. O Diógenes, tributa accion de gracias al cielo, que te hizo nacer en un pais que admiraba tu sabiduría en vez de censurarla. Tan solo los locos condenan al sábio; pero el sábio, como Sócrates, ennoblece la prision.

«Dice V. que haria muy mal el pintor que prescindiese de la verdad de la vestidura. Estoy con V.; pero esta sentencia especiosa nada tiene que ver conmigo. Paréceme por demás decir que el pintor de vestiduras no será un pintor sobresaliente; pues entiendo que solo es grande el pintor que crea segun nos hizo Dios, y no segun nos puso el sastre; que representa cuerpos, y no vestidos. Las creaciones de los pintores agradan por la forma; y esto las há conmigo. ¿Pero acaso he de agradar yo por mi organizacion esterior? No lo deseo al menos.

«Pero basta ya. Creo que el juicio que los demás pueden formar de nuestras acciones nos preocupa en términos que acaba con nuestro sosiego, emponzoñando nuestra razon y nuestra virtud.»

Esta controversia humorística duró algunos meses, bien así como una partida de ajedrez que se vá dilatando, sin venir á jaquear nunca. Por último, allanóse Juan Pablo á vestir como las demás gentes, y puso fin á aquella tragicomedia dirigiendo á sus amigos la circular siguiente:

AVISO.

«Visto que la cabeza monda causa tanta repulsion como el cabello rojo, y que la aversion que produce el cabello corto viene á recaer en la persona que así lo lleva; visto que este modo de cortar el cabello no es cristiano, ó que, en otros términos, no quieren los cristianos admitirlo como tal; visto que para el infrascrito ha sido el cabello el orígen de un dolor tan grande como lo fué para Absalon, aunque por razones muy diversas; visto que se le ha notificado que el público se proponia nada menos que enviarle á la tumba, como el infrascrito no se conforma con semejante acuerdo, tiene la honra de poner en noticia del noble, erudito é interesante público que se presentará el domingo próximo por las principales calles de Hof con una cola postiza, y confia que esta cola vendrá á ser un iman, un lazo de amor, una raiz mágica, que, quieras que no, le granjeará el cariño de cuantos le vean.

«JUAN PABLO FEDERICO RICHTER.»

Pero lleguemos á otro órden de ideas. En los años que pasó Juan Pablo en Hof al lado de su madre, fué cuando estudió con mayor ahinco. Ya desde un principio se formó un plan, del que no se desvió nunca, y sobre el cual dijo él mismo: «Estoy cierto de que he sacado de mí cuanto cabe sacar de la materia, y ya no cabe exigir mas.» Trató ante todo de hacer una cabal distribucion del tiempo, y de sus fuerzas, sin malgastar sus facultades en objetos vanos; por donde venia á ahorrar su capital, en términos, que el porvenir debia producirle redoblados intereses de lo presente. De tres grandes fuentes sacaba Juan Pablo el elemento de su espíritu: de la naturaleza viva en comunion con la vida humana, de los libros, y del mundo interior del pensamiento. Ahí estaban los materiales que habia de labrar.

Ya hemos hablado de su biblioteca manuscrita. A los quince años de edad, antes de entrar en el gimnasio de Hof, se habia formado un repertorio de todas las ciencias. Cuando dió principio á esta tarea, su propósito de estudiar mas adelante teología le movió á hacer estractos de materias teológicas y filosóficas; el segundo volúmen versaba sobre la historia natural y la poesía; estudió en seguida la medicina, la jurisprudencia, y por último la ciencia universal; por donde, anticipando una de las actuales formas de nuestra librería, vino á componer una coleccion de manuales de geografía, de historia natural, de observaciones interesantes, de aventuras y sales cómicas, de episodios, etc.

Era la naturaleza para él un grandísimo libro del que hacia copiosos estractos, recogiendo los hechos que preveia haber de emplear mas tarde; y así fué como escribió un volúmen de notas que intituló *Naturaleza*.

Cuando meditaba una obra nueva, cosia unos cuantos pliegos de papel, en los que bosquejaba los caractéres y las escenas principales, los pensamientos que se proponia elaborar, etc., é intitulaba aquellos cuadernos: *Cantera de Titan*, *Cantera de Hespero*, etc. Un biógrafo de Richter nos ha conservado el trabajo preliminar qae hizo para el *Titan*, y es un cuaderno de sesenta páginas de letra muy metida.

Ya desde su juventud estuvo trabajando Juan Pablo en la composicion de un diccionario de la lengua alemana, que continuó durante toda su vida. En él reunia todos los sinónimos, con todas las gradaciones de sentido de que es susceptible una sola palabra. Y si á esto se agrega que copiaba él mismo todas las cartas que escribia, difícilmente se concibe cómo tenia tiempo para escribir tanto y proseguir sus obras literarias, mayormente, si se considera que no empleaba en escribir mas que la mitad del dia, dedicando la otra mitad á la invencion, á la confeccion de sus obras, sobre las cuales estaba meditando en los paseos que daba fuera del pueblo.

Sus paseos diarios por los campos, los valles y los montes le acostumbraban á sufrir sin novedad en la salud todas las vicisitudes de las estaciones, y le daban un ojo tan certero en predecir las variaciones atmosféricas, que los campesinos le llamaban el profeta del tiempo. Veíasele trepar por los montes con un libro en la mano, el pecho descubierto, la cabellera suelta y tendida por el viento, y cantando mientras andaba. Los que recuerdan haberle visto en aquel tiempo le pintan de cuerpo esbelto, rostro pálido y flaco, frente hermosa y levantada, sobre la cual jugueteaban finos bucles de cabello rubio. Sus ojos eran azules, límpidos y dulces, aunque animados á veces de una llama repentina y centellante; tenia la nariz delgada, y la boca pequeña y graciosa. Llevaba casaca parda y un sombrero de paja, y tenia un perro que le seguia constantemente.

Cuando volvia á la pobre vivienda, donde su madre esta-

ba siempre embargada en sus tareas, y donde pasaba él mismo la mitad del dia sentado delante de la mesa de escribir, oia naturalmente referir cuanto traia agitada á la pequeña sociedad de Hof; por donde aprendia á conocer el valor de las cosas mas nimias al parecer; desarrollándose delante de él, cual en un cuadro de Teniers, las alegrías, los pesares, los impulsos de ódio y de cariño de la vida; y el mismo Juan Pablo era otro de los principales personages de aquel cuadro; estaba leyendo á Platon, mientras que su madre derramaba, los domingos, un poco de arena fresca por el piso, ó preparaba algun plato regalado para los dias de fiesta. Los pocos reales que con mucho trabajo iba ganando servian para comprar la oca de San Martin, mientras que estaba soñando con su gloria venidera. Durante largos años yació Juan Pablo olvidado en aquella sociedad humilde. No necesitaba, como los otros poetas, acercarse de cuando en cuando á la clase laboriosa y doliente para estudiarla, puesto que él mismo pertenecia á esta clase; y de ahí el haberse abierto su corazon á aquella humana simpatía que le convirtió, en Alemania, en poeta de los menesterosos.

Otro toque, y por cierto muy tierno, del carácter de Richter fué su afan por conservar la pureza de su corazon, y la rigurosa censura que estaba ejerciendo sobre sus acciones. Creia Juan Pablo, como Quintiliano, que, para hablar y escribir bien, es preciso ante todo ser honrado. Al remedo de varias personas piadosas, anotaba con mucha regularidad los deslices á que se sentia mas propenso, y las victorias morales que alcanzaba por la gracia de Dios. Habia compuesto para su uso un pequeño devocionario, del cual estractamos los pasos siguientes:

SOBRE EL ENFADO.

« Cada pesadumbre ha de enseñarme á tomar una resolucion. Cada sensacion desagradable es una prueba de que no he sido fiel á aquella.

« Si quieres minorar tu pesadumbre, piensa en una situacion peor que aquella en la que te hallas.

« Mis disgustos proceden, no del mal, sino de mí mismo. Epicteto no era desgraciado.

« La vanidad, la insensibilidad, el hábito nos dan firmeza. ¿Porqué no la ha de dar mayor la virtud?

« No digas que si no te aquejase este ó aquel quebranto, te serian mas llevaderos los demás.

« ¿Qué vale un dolor de sesenta años en frente de la eternidad?

« La necesidad viene á parar en resignacion. »

SOBRE LA GLORIA.

« ¡Vale tan poco el juicio de los hombres! ¿Porqué has de ambicionar los elogios del niño?

« No te elogiáran, si llevases los harapos del mendigo. No te envanezcas con el aprecio que muestran á tu vestido.

« No aguardes mas estimacion de parte de los demás, porque te parezca que la mereces mayor; pero piensa que están aguardando mas prendas de tí.

« No trates de justificar todas tus acciones. No aprecies una cosa tan solo porque te pertenece, y no tengas los ojos clavados siempre en tí.

« No aguardes que se rodeen ocasiones estraordinarias para hacer buenas obras. Utiliza las circunstancias comunes. Un largo paseo es preferible á una rápida carrera.

« No obres á impulsos de la primera emocion; deja que hable antes la razon.

« Sea cada dia para tí una imágen cabal, y no un fragmento, de la vida. Goza de lo presente, sin anhelar alcanzar la otra seccion que tienes delante.

« Procura adquirir, en un plazo determinado, la virtud á la que tengas menos propension.

« Si quieres ser libre, estar contento y sosegado, afianza el único medio que resiste á todos los accidentes... la virtud. »

Un hombre que se imponia por ley el obrar á tenor de estos principios era seguramente, bajo el punto de vista moral, un hombre grande, aun prescindiendo de su génio. Para vencer la inclinacion al mal de nuestra frágil naturaleza, era forzoso ser un héroe cristiano. ¿Qué estraño pues que toda empresa suya se ennobleciese con su virtud, que se convirtiese en oro cuanto llegaban á tocar sus manos?

Para aumentar sus módicos recursos, se allanó á los deseos de algunas familias, encargándose, en 1790, de la educacion de sus hijos. Durante cuatro años estuvo ejerciendo la profesion de pedagogo; y esta profesion tan espinosa estuvo para Juan Pablo sembrada de flores. En ninguna otra ocasion, dice su biógrafo, aparecieron mejor que en la formacion y el gobierno de su pequeña escuela los rasgos característicos de su poética naturaleza. Lo que para la generalidad de los hombres instruidos no es mas que una tarea pesada y fastidiosa, la rutina de la enseñanza elemental, vino á ser para Juan Pablo un manantial de pensamientos puros y elevados. Su método de enseñanza era diametralmente opuesto al que se emplea comunmente, y del que tambien él habia sido víctima. No cansaba la memoria de sus alumnos; no les imponia la obligacion de cargarla con pensamientos agenos. Procuraba despertar en ellos la facultad de pensar y de producir; presentábales las obras de las ciencias como combinaciones solamente; era su objeto provocar en el ánimo de los alumnos el anhelo del estudio, conduciéndolos por este camino á instruirse á sí propios. Afanábase por desenvolver el talento particular que Dios les habia dado; y una vez les habia inspirado el amor al saber; los dejaba dedicarse á su estudio predilecto. Sostenia y avivaba su celo y emulacion por medio del cuaderno de calificaciones, que llamaba el *libro rojo*, y en el cual llevaba exacta cuenta de la conducta y de la aplicacion de sus alumnos. Enseñábase este libro, al fin de cada trimestre, á los padres y amigos de los niños; y mostraban estos un ardor tal en los estudios, que se hacia forzoso contenerlos antes que aguijonearlos. Durante una parte del dia debian los niños seguir su propio impulso; en seguida les daba Juan Pablo sus lecciones, les hacia recorrer sucesivamente las diversas ramas de los conocimientos humanos, enseñándoles á enlazar hechos é ideas por principios de comparacion ó asociacion. Del reino vegetal y animal levantaba su pensamiento á las estrelladas regiones, y revelaba á su fantasía aquellas esferas inmensas con sus habitantes. Conducíalos despues al dominio de la historia; les representaba los libros, los santos, los mártires de los tiempos antiguos; y llamaba en seguida su atencion á su propia naturaleza y al destino del hombre. Pero procuraba ante todo dirigir el corazon de los niños hácia su Padre celestial, y les repetia que no cabia cosa mas saludable que el estar pensando constantemente en Dios y en la inmortalidad.

En esta situacion, descollaron en Juan Pablo aquel amor y aquella benevolencia que eran los móviles de su vida y de todos sus actos, y en ella puso en planta aquel hermoso sistema de educacion, tan conocido despues por su obra famosa intitulada *Levana*.

Mas no estaba Richter condenado á seguir toda su vida la humilde, aunque honrosa profesion de maestro de escuela. Ya

por fin habia llegado el tiempo en que debia salir de su oscuridad, y levantarse en Alemania á la altura de Herder, Schiller, Wieland y Gœthe; pues no menos descollante que aquellos grandes escritores, por el brillo, lo originalidad y la savia de su talento, les estaba muy encima por la pureza y la elevacion de sus prendas morales. La primera obra suya que alcanzó un éxito completo y dió principio á su celebridad fué la *Logia invisible*. La siguiente narracion de su biógrafo presenta un cuadro interesante de las dulces y venturosas emociones que esperimentó el noble poeta, despues de la publicacion de aquel libro.

« Las semanas que siguieron á esta publicacion fueron para Juan Pablo semanas de júbilo y contento. Habia tenido el valor de hablar á impulsos de la plenitud de la naturaleza, y cúpole la dicha de ver que respondian á sus palabras una multitud de corazones. Al ver la espléndida region que se le presentaba delante, resolvió dar libre vado á su génio. Pero constábale que no cabe que existan los mas ricos pensamientos poéticos, sino en cuanto se enlazan con ideas de paz y contento, y con el firme propósito de obrar bien; que la verdad de sus pinturas debia salir de la verdad de su corazon. Así fué que, para ser poeta en sus obras, quiso serlo en su conducta.

Continuó su devocionario, sus reglas y proyectos de moral. Cada dia, al levantarse, repasaba cuanto habia hecho la víspera; donde sentia que le habia asaltado una pasion, levantaba un muro, y celebraba gozoso su victoria. Su imaginacion viva y ardiente le esponia al enojo, y su índole le predisponia á la sátira; mas no tardaba en recobrar su natural inocente y afectuoso. Bastaba para desarmarle la vista de un niño enternecido.

« ¡No permita Dios, decia, que yo vierta ni una sola gota de ajenjo en la copa de la humanidad! » Cuando tenia que defender sus derechos, lo hacia con tanta calma y blandura, que siempre quedaban intactos los tesoros de su vida, el amor y la verdad.

Desde la humilde flor de los campos hasta los astros del cielo, todo enternecia su corazon; llevado del sagrado ardor de sus emociones, hubiera querido abrazar á niños y á ancianos, á pobres y ricos, y labrar la dicha de todos los hombres. Nadie acudia á él que no se marchase con algun consuelo: si no podia dar dinero, daba al menos buenos consejos; si podia hacer algun regalillo á un pobre serrano ó á un artesano ambulante, bastaba esto para hacerle feliz por todo el dia; y solia decir en tales ocasiones: « Ahora estará sacando aquel pobre el dinero del bolsillo, se alegrará de poder satisfacer algun deseo, y quizás recordará la mano de quien se lo dió. » El amor era el principio vital de su carácter y de sus escritos. Ante la idea de lo infinito, borrábanse á sus ojos todas las diferencias de gerarquía; aparecíanle todos los séres igualmente grandes ó igualmente pequeños.

La naturaleza sobre todo era lo que mas embargaba su alma. Juan Pablo vivia y escribia en medio de los campos, en las montañas, en los bosques; en invierno, sentia un placer inefable considerando por la ventana sus estrellas queridas ó la plateada luna; la campiña tenia para él el solemne aspecto de un templo. « ¿Entras, se decia á sí propio, con una alma bastante pura en este templo grandioso? ¿No traes alguna mala pasion á este sitio, donde se abren las flores, donde cantan los pajaritos? ¿no traes algun ódio al regazo de esta naturaleza generosa? ¿Tienes la placidez del arroyo, donde, cual en un espejo, se está mirando la naturaleza? ¡Ah! ojalá fuese mi corazon tan vírgen, tan apacible como la naturaleza cuando salió de las manos del Criador! » Cada escursion que hacia por este templo acrecentaba sus fuerzas; y regresaba siempre con tesoros nuevos. Gustábale viajar á pié; el movimiento del cuerpo mantenia la actividad de su ánimo, ocurríanle por el camino observaciones tanto mas agradables cuanto mas inesperadas. Un dia de verano le hacia venturoso, las exhalaciones de una mañana de primavera, de una tarde fresca y halagüeña le embriagaban con sus aromas.

Pero cuando mas se encumbraba su alma era en las horas de la noche, cuando trepaba la luna por el firmamento, ó cuando el Océano de lo infinito pasaba por encima de él en la quieta, callada y parda noche. « La noche, decia, que fué para los antiguos la madre de los dioses, es para nosotros la madre de Dios. Ante las estrellas no asoma nada grande sobre la tierra, nada pequeño en el pecho. » Solia, en tales ocasiones echarse sobre la yerba chispeante de rocío, contemplar el cielo y calmar su alma jadeante. Cuando se levantaba y dirigia los ojos al suelo matizado de perlas, y á la huella que habia dejado su cuerpo en la yerba, estaba viendo su cuerpo hundiéndose en el sepulcro, y enlazarse las flores encima de él, y el horror de la muerte le aferraba con su helada diestra; y tan solo los tibios rayos del sol cuando salia, y el relumbrante pensamiento de Dios y de su amor á los hombres, podian estrellar los sepulcros que le oprimian el desalentado corazon.

Visitábanle con frecuencia tales sensaciones, ora en una forma, ora en otra; pero la noche del 15 de noviembre de 1790 fué, entre todas, la mas terminante y significativa; por cuanto en esta noche se le presentaron aquellas sensaciones á la vista, y el frígido horror de la muerte le asaltó porfiadamente con estraordinario presentimiento. Véase lo que sobre este lance se lee en su diario.

« 15 de noviembre: Esta noche fué la mas importante de mi vida, porque sentí el pensamiento de la muerte. Deseo á todos los hombres una noche como la que he pasado. El niño no puede hacerse cargo de ella, por cuanto todos los minutos de su juguetona vida se le agolpan brillantes y deslumbradores, colocándose delante de su pequeño sepulcro. Pero en aquella noche me anticipé al tiempo y me ví en el lecho mortuorio; víme con la yerta mano de la muerte, con el semblante contraido, con los ojos de mármol, y oí mi imaginacion delirante en mi noche postrera. ¡Y ciertamente que no dejarás de venir, última noche de ensueños! Y como esto es tan positivo, y como un dia que pasó allá se vá con treinta años que volaron, despídome ya desde este instante de la tierra y de su cielo; se les han caido ya las alas á mis planes y deseos. Por mucho tiempo que siga latiendo mi corazon contra el afectuoso pecho, hasta que venga á yacer debajo de las plantas de los demás; por mas gozos volanderos que puedan coger mis sentidos en nuestro breve camino de la cuna á la huesa, antes que los aprisionen seis tablas, no haré ya de ellos ningun aprecio; y á vosotros, hermanos y hermanas mias, os amaré mas todavía, y os prepararé nuevos goces. ¡Ah! ¿cómo pude yo afligiros en vuestros dos dias de diciembre, imágenes marchitables de color terrestres, trémulos reflejos de la vida? El 15 de noviembre no saldrá jamás de mi memoria. »

El 15 de noviembre de 1825, rodeaban sus amigos llorosos el amado... cadáver.

Mas no anticipemos el curso de la narracion.

En quien sobre todo derramaba la plenitud de su amante corazon era en su madre, que por tan largo tiempo habia sobrellevado su penosa situacion, y requeria el bálsamo halagüeño del amor filial. Solo aquellos á quienes ha concedido Dios el suavizar con un salario trabajosamente adquirido los dolorosos dias de un padre inválido, ó derramar el alegre

destello de la felicidad sobre los tristes años de una anciana madre, pagando de este modo (en parte al menos) la grave deuda que contrae todo hijo; estos solamente, y no otros, pueden seguir en espíritu á nuestro Juan Pablo en aquella tarde inolvidable, en que volvió á Hof, rodeado de un cielo de deseos sobrepujados y de nuevas y alentadoras esperanzas, con el primer galardon cuantioso de su trabajo y la espectativa del asombro de su madre, de su gratitud y cariño, y cuando entró en el cuartito escasamente alumbrado, donde la buena anciana trabajaba en el torno de hilar hasta altas horas de la noche para ganar lo mas preciso para vivir, y cuando su hijo dejó caer en su regazo el oro de que venia cargado...

Despues de haber publicado *Hespero*, *Quinto Fixlein* y otras obras, que mas adelante adquirieron tan grande celebridad, encumbróse su nombre al puesto mas alto entre los primeros escritores de Alemania; y á poco de la muerte de su madre, en 1797, fué á establecerse en Leipzig, donde, al año siguiente, dió á luz el *Valle de Campan*, ó la inmortalidad del alma.

Entre sus estudios, no olvidó Juan Pablo los clásicos griegos, sobre los cuales se lee lo siguiente en una carta que escribió á un amigo: «En este invierno septentrional he restaurado mi espíritu en la Jonia y el Atica; estuve leyendo con una dicha tan grande, que solo Herder, que la presenció, podrá darle á V. de ella una idea aproximada, la Odisea, la Iliada, á Sófocles, y algo de Eurípides y de Esquilo. La Iliada y Sófocles me impresionaron casi los nervios; despues de los últimos cantos de la Iliada y del Edipo en Colona, ya no puede uno leer nada, como no sean Gœthe ó Shakspeare. Uno y otro están obrando poderosamente en mi *Titan*; mas no como padres, sino como maestros, no como formas plásticas, sino como vivificantes soles.»

La amistad de Herder le llevó por este tiempo á Weimar, única capital literaria de los estados germánicos. Con todo, no era aquella ciudad, donde idolatraban á Gœthe como á rey y como á un dios, una residencia adecuada para nuestro poeta; por cuanto habia allí demasiado literatura para aquel cuya necesidad mas apremiante era la bondad de corazon, y las grandezas un accidente, agradable ó fastidioso segun las circunstancias, en una palabra, habia en Weimar ingenio y talento de sobras, y escasez de corazon. De ahí fué que, aunque bien acogido por los génios descollantes á la sazon en Alemania, no quiso orillar los hábitos de su vida pacífica y retirada. Su patria verdadera estaba en medio de las montañas de abetos; y Hof y Bayreuth, centro de la Alemania, debian poseer al hombre de mas noble corazon que habia en la Germania.

Con quien mas simpatizó Richter fué con el filósofo Herder, quien supo apreciar el elemento cristiano, el pensamiento religioso de su amigo, y dijo de él: «Las obras de nuestro rico, fecundo y poético Juan Pablo son muy superiores á todas las producciones de nuestra época, que no tienen de la poesía mas que la forma, obras sin alma, arroyos sin agua; y de buena gana trocara yo toda la gracia artística de nuestra literatura por los tesoros de aquella virtud vivaz, de aquel corazon tierno, de aquel génio creador.» Con no menos entusiasmo hablaba de Juan Pablo la consorte de Herder, la cual decia: «Si, como autor, es cabal, en las relaciones comunes, sociales y domésticas, es un dios; en medio de su aspiracion hácia las cosas mas levantadas, es dichoso con las mas pequeñas, simpatiza con cuanto le rodea, y se dedica á todas las realidades de la vida. En el último año de su vida, díjome mi esposo: Antes no dé la última mano á la *Adrastea*, erigiré á nuestro Richter un monumento que le vá á causar mucho placer. Mostraré á la Alemania la joya que tenemos en él, y así lo ejecutó.»

No han faltado desgraciadamente hombres de talento que se han levantado contra el estado del matrimonio y la vida casera. Mas no era Richter de esta cuerda. Así fué que se casó en 1798 con una señorita de una familia honrada de Berlin, Carlota Meyer, en la que tuvo dos hijas y un hijo, y hé aquí en qué términos hablaba de ella algunos años despues de casados. «Por mi Carlota he venido á saber que la fuente del amor hácia la humanidad no quita un átomo al poder del amor individual. Esta fuente se vá ensanchando cada dia. Mi esposa adora la poesía y la naturaleza; su desinterés me pasma, y su desapropio es grandísimo; no hay sacrificio á que no esté dispuesta para complacerme á mí y á los demás. El cariño que me profesa se estiende á cuanto me concierne. Como hasta ahora no hemos tenido el menor altercado, no puedo decir que estoy satisfecho, pero soy sí muy dichoso. Desde que estamos casados la amo mas profunda, mas anoveladamente que antes.»

De las cartas que la consorte de Juan Pablo escribió á su padre, participándole su dicha, estractaremos las siguientes: «Jamás crei ser tan venturosa como lo soy; cada minuto que pasa enlaza mas estrechamente nuestras almas. Quizás le parecerá á V. estraño lo que voy á decir: Cada dia vá en aumento el alto entusiasmo que allá me arrebató cuando empecé á conocer á Richter, y que fué menguando mas y mas, conforme descendimos en la vida real. No es posible que nazca jamás la menor desavenencia entre nosotros. ¿Cómo cabria que yo opusiese mi capricho á un hombre tan poderoso con su amor y su humildad? Gracias sean dadas á Dios porque me ha dado un esposo que, con su amor, me allana la senda de la moralidad. No nos queda ya mas que desear, sino que vengamos á morir entrambos á un tiempo.»

Y en otra carta al mismo decia: «Déjeme V. repetirle siempre que por cada dia somos mas venturosos. Creo que se me puede creer ahora, que ya volaron los momentos del entusiasmo, por muy fantástico que aparezca mi juicio: Juan Pablo es el hombre mas puro, mas santo y mas divino que ha existido. Si los hombres pudiesen, como yo, penetrar en su interior, ¡cuánto mayor seria el aprecio que de él harian! Momentos hay, aquellos sobre todo en que le estoy contemplando muda y tranquila, que adoro de rodillas á su alma.»

Atesoraba Richter las virtudes domésticas en grado sumo. Pero para hacerse cargo de su felicidad casera, hay que leer las cartas de una hija suya, de las cuales estractamos los pásages siguientes:

«¡Cuán grato me es pintaros á mi querido padre, cuando entraba todas las mañanas en el aposento de madre en bata parda; pues en levantándose, no se ponia á trabajar, que no le hubiese dado los buenos dias. Precediale el perro, que iba dando brincos de gozo, mis hermanitos y yo nos arrojábamos á él, y cuando trataba de marcharse, procurábamos meter los piés en sus chinelas para estorbarle el que se fuese, y luego nos aferrábamos á su bata hasta que llegaba á la puerta de su estudio, donde nadie, como no fuese el perro, tenia el privilegio de seguirle. Cuando niños viviamos en una casa de dos altos; y como padre trabajaba en el segundo piso, subíamos á gatas por la escalera hasta que llegábamos á su gabinete, y llamábamos á la puerta para que nos dejase entrar. Abria entonces la puerta, y sacaba de un armario una trompeta y un pífano, con lo cual hacíamos una música endiablada, mientras que él seguia escribiendo. Otras veces jugábamos con una ardilla que tenia en su gabinete, y que traia por la noche en la faltriquera, porque hacia parte de nuestra tertulia.

«Padre era bondadoso en todo, y no podia sufrir que se

maltratase á ningun animal, por pequeño que fuese. Así es que nunca salia de casa que no hubiese abierto la puerta de la jaula de los canarios, para que no se fastidiasen durante su ausencia.

« Permitianos mucha franqueza. ¡ Baile V. ! le decíamos; y se ponia á bailar : hable V. francés, decíale uno de nosotros ; y al punto empezaba á hablar en francés, cargando las consonantes nasales de un modo que nos hacia reventar de risa.

« Contábanos por la noche algunas historietas, ó nos hablaba de Dios, de los otros mundos, de nuestro abuelo y de otras muchas cosas. A la hora de comer, se sentaba alegremente á la mesa, y oia con atencion cuanto le decíamos; proseguia á veces una de nuestras ingénuas narraciones, y la arreglaba de modo, que el narrador creia tener ingenio. Jamás nos dió una leccion directa, y con todo nos estaba instruyendo de contínuo. A la mesa, á la que nos reuníamos todos para cenar, le daba el nombre de *mesa redonda á la francesa*, donde servia doce platos de ciencias y artes diversas. De todos ellos comíamos con afan, y no reparábamos á veces en chancearnos con él.

« Cuando habíamos cometido alguna falta, solo echaba mano de castigos pasivos ; ora nos dirigia una palabra severa, ora nos negaba lo que le pedíamos ; á mi hermano Maximiliano imponíale á veces algun castigo corporal. »

La vida pacífica de Juan Pablo presenta lindos cuadros de familia, verdaderos idilios, donde se retrata al vivo la inapurable bondad de su corazon.

Otro de los rasgos característicos de Juan Pablo fué el cariño que con sus obras supo infundir al sexo hermoso. Princesas, nobles señoras y mugeres del estado llano le escribian á porfía pidiéndole consejos y amor. La escritora francesa Sidow le escribió entre otras, encubriéndose con el anónimo, el siguiente billete :

« Si j'étais reine, l'auteur d'Hespérus serait mon premier ministre. Si j'avais quinze ans, et que je pusse espérer d'être sa Clotilde, je me croirais plus heureuse que d'être reine. »

Cuando su residencia en Berlin, se le arrojaron muchas coronas y guirnaldas, y cautivó los mas nobles corazones del bello sexo de aquella capital. Escribióle entonces la señora de Gad, autora de varias obras reparables sobre Inglaterra y Portugal, lo siguiente : « No conozco ningun escritor de tiempos antiguos ni modernos que haya sido tan querido de las mugeres como V. » Ya antes de conocerle personalmente, habia escrito la misma señora los siguientes apuntes sobre Juan Pablo : « La aparicion de Juan Pablo es uno de los fenómenos mas admirables de los tiempos antiguos y modernos; ella sola basta para dar á nuestro siglo un esplendor permanente. Lo que es aquí entre nosotros, casi nadie le conoce, y los que pueden jactarse de haberle visto y hablado son considerados como fenómenos de otro mundo, como profetas que llegan acá para darnos testimonio de un portento incomprensible para los sentidos. Toda la riqueza de las lenguas, no de la nuestra solamente, parecia haber sido apurada por los primeros pensadores de la nacion ; dirian que se habia agotado toda la fuerza, así de las palabras como del modo de presentar los pensamientos, cuando apareció inopinadamente Juan Pablo, armado con una lengua nueva y propia suya esclusivamente, y retó al génio aleman. Nadie tuvo de él el menor presentimiento, anunciósе su llegada como un relámpago, pero su estancia en este suelo es benéfica como lo es la presencia del astro del dia.

« Sus escritos, que difícilmente se dejan leer por los lectores mas ejercitados, tienen una fraseología y un tono que les son propios. La naturaleza es su casa, los sábios son sus juguetes, los hombres su maquinaria. No hay en el mundo revelado fuerza ni cosa creada que le sean desconocidas ; afianza en la memoria cuanto tiene nombre. Como el sol, penetra él en lo recóndito de las fuerzas naturales y en los laberintos del corazon. »

Estas y otras palabras por el mismo estilo, que no eran ciertamente la espresion de un entusiasmo individual, manifiestan la general disposicion de los ánimos con que fué saludado Juan Pablo en toda la Alemania, y en la culta Berlin sobre todo, así por los hombres como por las mugeres, por príncipes y hombres de estado, como por sábios y eruditos. Tambien en la corte de Prusia, en el sitio real de Sans Souci, recibió nuestro poeta pruebas terminantes del cariño y entusiasmo de la reina, que era, física y moralmente, la mas bella de las mugeres de su tiempo.

Pero en medio de las dulces fruiciones que proporcionaban á Juan Pablo el amor y entusiasmo de sus contemporáneos, ocurrió un suceso que nubló por largo tiempo su dicha y su consuelo. Por muy encontrados que fuesen los pareceres acerca del gusto y la direccion de Richter, convenian todos sus lectores en una cosa : en su verdad y conciencia, esto es, en la belleza del alma del poeta. Si recapacitamos en el raudal irresistible de sus pensamientos, que despiertan, levantan y fortalezen el alma; en la animada espresion de los sentimientos mas santos y puros, y en el influjo que sobre el dolor y el desconsuelo habia de ejercer su firme y noble creencia en la inmortalidad, no nos parecerá estraño que á él acudiesen confiadas, como á su salvador, las almas menesterosas de consejos y consuelo, en aquella época sobre todo en que las guerras de Napoleon provocaban mil calamidades públicas y privadas. En medio de su intenso amor á los hombres, que no le permitia á Juan Pablo dejar sin contestar el billete mas fútil, y del órden riguroso que habia establecido en su trabajo y en la division del tiempo, vióse repetidas veces turbado en su carrera como escritor ; y lo mas doloroso fué que de su estremada condescendencia viniese á surgir para él un lance que le desgarró el corazon.

María (así llamaremos á la muchacha desgraciada que ha motivado nuestra observacion anterior) era la hija de un aleman valeroso, cuya cabeza cortó el hacha del verdugo en París en la temporada de terror de la revolucion francesa. Aquella muchacha, adoctrinada ya de niña por su malogrado padre, y mas tarde por su madre, dotada de alma no menos levantada, se habia ido formando un mundo ideal, en el cual no tenia cabida nada pequeño ni vulgar, mirando con menosprecio los goces de la vida y el temor de la muerte, al paso que desempeñaba con rigurosa escrupulosidad los deberes filiales y las mas humildes tareas caseras. Ya á los diez años de su edad, aprendió á conocer los escritos de Juan Pablo, y llevada de su infantil entusiasmo, le habia escrito una carta, la cual no llegó á su destino. Pero cuando llegó María á la edad nubil, vino á ser para ella Juan Pablo el sol, cuyos rayos la estasiaban con su esplendor, pero cuyo fuego la iba consumiendo. Juan Pablo era para ella la esencia de todo lo grande y hermoso, era el único viviente que no desafinaba con su mundo ideal, el único que realizaba lo imposible que anhelaba su fantasía, el hombre mas levantado, mas puro y mas santo. Esta pobre muchacha, que vivia en un pueblo que distaba algunas jornadas de la residencia del poeta, andaba constantemente embargada por el anhelo de acercarse á él y de verle. Llevada de sus ensueños, atrevióse por fin á escribirle lo siguiente :

« ¿No parecerá temerario que yo me arroje á escribir al filántropo mas querido, y que le llame padre? padre, ¡ay de mí! á quien quizás no llegue á ver nunca, y á quien he de agradecer tanto, los mayores beneficios, las verdades mas su-

blimes, todo lo bueno que me anima, y toda una eternidad que ha abierto ante mi alma! Yo no acierto á espresar mi agradecimiento; mas cuando pienso en la suma bondad de V., se exhala en lágrimas, y rebosa mi pecho de deseos por su felicidad de V. — ¡Oh! ¡bien haya! ¡qué dicha la mia, porque tú eres y vives! Esta firme creencia en tí es un cielo que nadie puede arrebatarme. Tú obras poderosamente sobre los hombres, tú nos ayudas á alzarnos del suelo y nos infundes valor. Jamás lo olvidaré.

«Quizás pregunte V. quién es el que de este modo le está hablando. Pero yo no soy mas que una pobre muchacha, y tan poca cosa, que no puedo decir mi nombre. ¡Oh! si yo fuera grande y como debiera ser, no habria continentes ni mares que me detuviesen en mi afan de ver, una vez al menos en mi vida, á aquel que ya desde largo tiempo ocupa en mi corazon el lugar de un padre. Pero ciertos yerros y estrecheces me tienen distante de V.; y tampoco me atreviera á escribir á V. ni un renglon, si no confiase merecer alguna amistad, y su indulgencia con mi capricho, pues apenas abrigo un anhelo que no raye muy alto, cual es el de venir á ser tal que venga á merecer su aprecio de V. y la dicha de que me llame V. hija suya. ¡Ay de mí! mi vida toda no es mas que un esfuerzo para ser digna, y con todo, dígame V., padre mio, ¿porqué voy en esto tan despacio? Esto es lo que me trae mas afligida; y he de contentarme con ser meramente ingénua y honrada.

«Mas no quiero ser tambien para V. una carga; tan solo le diré á V. que su imágen de V. y sus obras, de las que he estractado muchísimo, son mi único bien. El arca donde todo lo tengo guardado es para mí un altar; y me duele el haber de salir, pues, en cuanto lo consienten los quehaceres domésticos, vuelo otra vez al lado de mi querido padre. No tengo á nadie con quien pueda hablar de él; quizás vivo demasiado solitaria; y ya naturalmente tal, me he ido apartando habitualmente del mundo, que me satisface poquísimo, y en el cual soy y permaneceré estraña. — Lo que es eso no cabe remediarlo. — No obstante, vivo exenta de cuidados, y vivo una vida activa, con la esperanza en un porvenir que V. me muestra tan grande y esplendoroso. ¡Ay de mí! como no cabe que sea hija tuya, el deseo de morir tiene para mí una dulzura indecible, y la muerte será para mí un destello del cielo que levantará mi alma á un eterno amor tuyo. Pues es muy seguro que yo vendré á perder la vida antes no llegue á tu corazon. Y cierto que tú amarás un dia en otro mundo á mi alma, en la que no hay ahora mucho que amar todavía, cuando tú veas lo que ella ha querido. ¡Pero ay de mí! ¿me conocerás tú entre las muchísimas almas que te abrazarán y amarán? ¡No permita el cielo que yo te sobreviva! ¡Oh! ¡ojalá pudiese yo abandonar esta tierra al propio tiempo que tú! No habria para mí dicha igual á la de ser conducida por tí al eterno mundo, y de poderte decir allí, donde seré semejante tuyo, cuánto pensé ya en tí en este suelo, donde no envidié á nadie sino á los tres ángeles que se apellidan hijos tuyos.

«Reflexione V., querido Juan Pablo, que apenas tuve yo padre; ¡de tan niña lo perdí! Callo sin embargo el modo como murió, puesto que de decirlo, lo adivinaria V. todo. Sin embargo, fuera yo injusta, si no dijese que tengo una buena madre y una hermana no menos bondadosa. ¡Oh padre mio! permíteme el secreto gozo de apellidarte siempre de este modo. Tú fuiste quien me despertó á una mejor vida, y yo no tengo nada que me halague tanto como el pensar en tí. Este pensamiento será, así lo siento, — ¡ojalá lo sintieras tambien tú! — mi postrer pensamiento en este mundo; y cuando allá despierte en el otro, será el primero.

«Y así admite con cariño mis lágrimas y mi gratitud; y bien hayas tú, padre mio, que tanto ayudas y consuelas á los hombres, y no dudes de que, en cuanto se alce un poco mas la luz sobre nosotros, lo sacrificaremos todo por tu amor, y yo antes que todos. — ¡Ah! adios mil veces! Pero no trates de descubrirme hasta que yo sea digna de ir á tí, ángel mio custodio.»

Aquella pobre muchacha, empero, cual si la acosaran las furias, y cual si, en medio de su inocencia, hubiese probado la fruta del árbol de la ciencia, despues de escrita y enviada la carta, abrió los ojos y se avergonzó de lo hecho. El anhelo de acercarse al hombre con quien ella vivia en espiritual union, pero ignorada, habia alarmado su inocencia; parecíale que habia llevado sus manos sacrílegas á una divinidad. Así fué como, llevada de amargo remordimiento, le escribió al dia siguiente otra carta, que firmó con su nombre y apellido, y en la cual, tratando de reparar los ímpetus del contenido de la anterior, no hizo mas que repetirlos. Hecha cargo de esto, escribió otra y otra carta en breve espacio de tiempo. Aguardando la desdichada la contestacion, no calcula ya la distancia, la interrupcion de los correos por los sucesos de la guerra, las ocupaciones de su amigo, sino que infiriendo de su propio arrepentimiento el enojo de Juan Pablo, la embarga esclusivamente el pensamiento de haberse hecho menospreciable para con el mas amado de todos los hombres, y no acierta á ver otra salvacion de aquella angustia mas que la muerte. No tarda en seguir el hecho á la resolucion. Al rayar el dia, una mañana de mayo, corre al puente del rio que pasa por la ciudad de su residencia; ya ha desenvainado el cuchillo que le ha de atravesar el corazon para frustrar con doble muerte toda tentativa para salvarla; solo aguarda el primer rayo del sol, cuando allá acude corriendo, impulsada por un doloroso presentimiento, su triste hermana, la cual, con su agudo quebranto y con la pintura que le hace del desconsuelo de la madre, logra hacerla desistir de su firme propósito. María sigue pues á su hermana, sin manifestarle las causas de su espantoso intento, y promete á la madre vivir por amor suyo, aunque sin consuelo. En aquel punto le llegó la carta de Juan Pablo, la cual decia así:

«He recibido las cuatro cartas de ese corazon bondadoso y condolido. Al punto adiviné su nombre de V. El noble padre difunto mereció una hija como V.; pero ¡ojalá quede ahora premiado el mismo, á quien tan mal pagó este mundo, cuando desde el alto cielo contemple á su hija llena de puro ardor! Sin duda estará deseando que algun hombre de bien haga para con su querida hija las veces de padre espiritual; que aquiete sus ímpetus, hasta en lo bueno, que no aciertan á esperar; que le diga que, en la vida real, sobre todo en el estado del matrimonio, toda vehemencia, aun la mas inocente, precipita á las mugeres especialmente contra las espinas y dagas de la tierra; que el mismo Dios Hombre, el mas poderoso y santo, á saber, Cristo, fué suave, manso y tranquilo; que le diga que vuele enhorabuena allá en su interior, pero que ande, y no mas, en su esterior; que deje arder su corazon en brillante llama, pero que no debe obrar hasta despues, cuando el ascua se ha vuelto luz. Tal padre espiritual deseo yo á mi María, y que así se lo haga presente.

«Y aquí lo tienes, querida hija mia; y ya te lo tengo dicho. He meditado muy despierto sobre tu sueño de venir acá. No abandones á tu madre. Es mas probable que vaya yo á esa, que no que vengas tu aquí. Yo te quiero. Mi esposa y yo te saludamos. ¡Sigue siendo tan buena como siempre, mi querida hija! Tu padre J. P. F. R.»

(Se concluirá.)

Antonio Bergnes de las Casas.

Poesías de Enrique Heine.

Du schönes Fischermädchen.

Pescadorcita hermosa,
Empuja tu barquilla
A tierra presurosa,
Y al lado mio siéntate en la orilla.

Sobre mi corazon tu cabecita
Posa, sin que receles ningun mal;
Bien te confias siempre, tú solita,
Al proceloso mar.

Mi corazon al mar es semejante;
Tiene flujo y reflujo y tempestad;
Mas tambien ¡cuánta perla fulgurante
En su profundidad!

Du bist wie eine Blume

Eres niña, tierna, hermosa,
Y rica de pureza cual la flor:
Te contemplo é inunda vagarosa
Melancolía suave el corazon.

Siento cual si debiese en prez piadosa
Posar las manos sobre tu cabeza,
Rogando al cielo que te guarde hermosa,
Y tan llena de encanto y de pureza. (1)

Lieb Liebchen leg's Händchen auf's Herze mein

En mi corazon, niña, pon tu mano;
Mi bien, dime, ¿oyes cual golpean dentro?
En él un malvado carpintero habita,
Que mi ataud labra con hórrido estruendo.

¡Oh! cual martillea de noche y de dia;
Mucho tiempo hace que me roba el sueño;
Despacha tu obra, maestro maldito!
A fin de que pueda dormirme bien presto.

Und als ich euch meine Schmerzen geklagt

Cuando me lamenté de mis dolores,
¡Cual bostezábais sin chistar palabra!
Mas cuando los canté en bellas estrofas,
Me colmásteis de grandes alabanzas.

Verreith mein blasses Angesicht

¿No te dice mi pálido semblante
El amoroso anhelo que yo siento?
¿Y quieres que mi labio suplicante
Mi pasion te revele y mi tormento?

No, que es muy orgulloso el labio mio,
Solo á burlas y besos avezado;
Quizás prorrumpa en un sarcasmo frio,
Y muera, el corazon despedazado.

Wenn ich auf dem Lager liege

Cuando la noche me envuelve
En su sombra y su silencio,
Una gentil dulce imágen
Se cierne sobre mi lecho.

Y cuando apenas mis ojos
Cerráronse al blando sueño,
Ella deslízase queda
De mis ensueños adentro.

Mas con las sombras no huye,
Cuando el sol brilla en el cielo,
Que á do quier que voy la llevo
Todo el dia dentro el pecho.

(1) Hemos reproducido íntegras estas poesías del número primero, por haber sido barajadas sus estrofas, y mal comprendida por algunos la nota que insertamos en la cubierta del mismo.

Wie der Mond sich leuchtend drängt

Cual por entre densas nubes
Rompe la luna brillante,
De oscuros tiempos me surge
Resplandeciente una imágen:

Sobre cubierta sentados,
Rin abajo iba la nave,
Y las floridas riberas
Doraba el sol de la tarde.

A los piés estaba absorto
De una dama hermosa, amable;
Su dulce pálido rostro
Colorabán los celages.

Sonaban cantos, laúdes;
Oh! regocijo admirable!
Y era mas azul el cielo,
Y el corazon dilatábase.

Como en un sueño pasaban
Campos, bosques, montes, valles,
Y de la dama en los ojos
Los miraba reflejarse.

Sie liebten sich Beide, doch Keiner

Entrambos se querian, mas ninguno
Osaba confesarlo de los dos;
Y casi se miraban enemigos,
Y perecian de anhelante amor.

Separáronse al fin, y no se vieron
Sino en sueños despues;
Y muertos eran ambos tiempo habia...
Sin saberlo tal vez.

Mir träumte von einem Königskind

Una linda princesa yo soñaba
De anegados y pálidos colores,
Bajo el tilo con ella me sentaba,
Y enlazados gozábamos amores.

No quiero los palacios deslumbrantes
Del rey, tu padre, ni su cetro de oro,
Ni quiero su corona de diamantes;
A tí sola te quiero, mi tesoro!

«Es imposible!» dijome con llanto;
«Pues duermo dentro de la tumba fria,
Y solo porque te amo, te amo tanto,
Vengo á verte de noche cada dia.»

Die blauen Veilchen der Aeugeleien

De tus ojuelos las violetas,
De tus mejillas las rosas frescas,
De tus manitas las azucenas,
Siempre lozanas y siempre en flor:
Solo está mustio tu corazon.

Mir träumte: schaurig schaute der Mond

Soñaba yo, y la luna brillaba melancólica,
Lucian las estrellas con tétrico fulgor;
Y allá á mil leguas lejos, halléme en los lugares,
Do vive la hermosura que causa mi dolor.

A su morada el sueño llevóme entre sus brazos,
Y los peldaños frios de la escala besé,
Que rozó tantas veces la seda de su falda,
Que pisó tantas veces su breve y lindo pié.

¡Cuán larga era la noche! ¡cuán húmeda y helada!
Cual témpanos las piedras al besarlas sentí;
Y su figura vaga, al rayo de la luna,
De pechos al alféizar de su ventana ví!